

ESTOS DIARIOS O LO QUE SEAN

LORENZO ALMAR

CAPÍTULO 15

PAISAJES CON LLUVIA Y MÚSICA
EN TRES MOVIMIENTOS



Para Maribel Novas y Antonio Carrasco, con los que tan buenos ratos pasé hablando de música en medio de la aridez del trabajo. Entre otras cosas.

... poco importa el recipiente del cual uno bebe, lo esencial es sentirse embriagado.

Anton Chejov (Una bromita)

.....

Estás donde tus ojos ponen la mirada

pero qué si tus ojos miran hacia dentro

si nadie escucha, escucha tú

Cristóbal Domínguez Durán (Nadie nos cuida en el sueño. Presencias en el sueño. Paisaje discontinuo)

.....

El poeta se queda muy por debajo del pintor en la representación de las cosas

visibles, y muy por debajo del músico en la de las invisibles.

Leonardo da Vinci (Cuaderno de notas)

Para escuchar la música, cuando aparezca este símbolo (♪) en los relatos, seguir vínculo:

GOTAS

[Erik Satie : Gymnopédies. Pascal Rogé : Piano. Pierre-Auguste Renoir : Paintings.](#)

FURIAS

[Bing Vídeos](#) Wagner Der fliegende Hollander Overture Solti

[Bing Vídeos](#) Wagner: Der fliegende Holländer – Ouvertüre · hr-Sinfonieorchester · Marek Janowski

VOCES

[Bing Vídeos](#). Jordi Saval

PRIMER MOVIMIENTO

GOTAS

Lo primero que veo al despertar de la siesta es el frutero con manzanas reinetas, sobre la mesa del salón. Parece un bodegón de Cézanne. Me muevo un poco, tumbado en el sofá, apenas para despegarme de la manta, y me quedo así un rato envuelto en su tibieza. Sólo mirando. Quietos.

Al otro lado de la mesa, por los grandes ventanales que ocupan casi toda la pared de enfrente, entran la media tarde y el jardín. Hay nubes que cruzan cambiando la luz a cada instante. Me están entrando muchas ganas de salir a pasear. Aún algo aturdido me levanto con calima en los ojos, y en el baño me echo agua fría en la cara para quitarme esas telarañas del sueño. Me pongo el chubasquero, las botas de trekking y cojo un paraguas.

Fuera de la casa el aire es refrescante, de planeta mojado por la lluvia que cayó al mediodía, mientras yo preparaba en la cocina boquerones en vinagre y natillas con roca flotante.

Los manzanos que hay antes de llegar a la cancela del jardín aún no han perdido las hojas, pero el abedul está poniéndose rubio. Serenidad. Abro la cancela y con paso moderado comienzo a subir por un camino del bosque. Es un ascenso suave. Voy seducido por la compañía de árboles extraordinarios que ascienden conmigo, con dignidad de arcanos ilustres; más sabios que yo porque conocen a dónde se dirige el sendero. Mis sentidos despiertan mientras intento ese difícil placer de no pensar en nada.

Y me detengo. Contemplo un caracol del tamaño de una lenteja deslizarse por la hoja de un majuelo; un poblado de setas que vive en la cueva de un tronco podrido; toco líquenes que dibujan tatuajes en el gris de una roca y musgos que son una tentación esmeralda. Sensaciones inmediatas. Recojo del suelo castañas y un pequeño trozo de muérdago, que guardo en un bolsillo como si hubiese encontrado un talismán. Las hiedras y las zarzas trepan, tal vez anhelando ver las caras del cielo. A mi paso una pareja de torcaces huyen, volando al refugio de una ribera salpicada de otoño.

Comienza a llover con suavidad. No quiero renunciar al paseo y me cobijo con el paraguas, que amplifica el sonido de la lluvia bajo su cúpula de plástico. Y continúo subiendo.

De pronto el bosque se abre a un collado y el camino se disuelve en una pradera de helechos cobrizos, apretados, que van empapando las perneras de mi chándal. Menos la lluvia y mis pasos el resto del espacio ha enmudecido.

Cuando cesa la lluvia aspiro con fuerza. El aire húmedo entra en mis pulmones, me paro, escucho... ¿qué es esa crepitación que sale de la tierra? No, no es de la tierra. Escucho más atentamente... Crujen los helechos rizados, con débiles vibraciones de cristal que se quiebra. Quizá sea un mantra de agradecimiento por la lluvia. Escucho con calma esta respiración del paisaje antes de seguir andando. Una nube sin forma rueda por una ladera, rozando con su vaho los dedos de los árboles.

Quedará algo más de una hora de luz. Tengo que volver a casa. Sin cerrar el paraguas entro al bosque, pisando con cuidado la hojarasca mojada y sepia para no resbalar. Caen miles de gotas. Su sonido dispara mi imaginación, que tantas veces se desborda con facilidad casi neurótica. Y la música de Satie acaba de invadirme. (J) Ha llegado con las gotas y mis pasos. La evoco con claridad en mi cabeza. Casi la construyo. Una psicodelia de círculos concéntricos hace tiritar la piel de los charcos.

Imagino que todo el bosque es un gotear de acordes en un teclado de hojas, un gran piano donde la música de Satie se interpreta en la íntima soledad de mi paseo. Sólo para mí.

Sin dejar de escuchar ese piano vuelvo a pensar en esas criaturas que llamamos árboles. Castaños, hayas, robles que me envuelven. ¡Tendría tanto que contar de los árboles! Los miro con el fervor que merecen. Cierro el paraguas. Y camino en la desnudez de las gotas. En la resonancia del bosque se abre ese abismo interior que es la emoción de la música... la voz de las gotas... el piano de Satie.

Dejo de andar. Un rato largo. Casi me siento liviano y ausente en medio de esta partitura goteante. Cierro los ojos un momento. Luego giro sobre mí, lentamente, para saberme en el centro de las notas de lluvia que se expanden por el laberinto gótico del bosque. Saco mis manos de los bolsillos del chubasquero y dejo caer en sus palmas algunas gotas, que se deshacen con un ruido blando. Quiero que el piano de Satie deje el bosque en mis huellas, pero mis manos me parecen teclas desafinadas y las vuelvo a esconder.

Un intenso escalofrío me recorre de repente. Será por la humedad que sube de los bajos empapados del chándal. Y sigo andando. En algún lugar comienza a piar un pájaro con silbidos cortos y flojitos.

Satie continúa sonando casi en mis labios. Latidos de música, gotas de tiempo, pasos de vida ¿desde qué fulgores ancestrales llegan? ¿Tal vez desde universos que soy incapaz de comprender que existen? Cada gota de agua encierra una gota de luz, y cada gota de luz es una incógnita que enlaza la tierra con el cielo. Oscilan y caen reflejando las formas y colores del bosque, un caleidoscopio donde yo también estoy. No puedo por menos de sentirme minúsculo, aunque sea una frase tan repetida.

Acabo de llegar al asador de piedra construido por los vecinos del pueblo, igual que la pila de la fuente y una losa grande que hace de mesa. Las piedras mojadas del asador brillan ennegrecidas. Ya queda poco camino. Enciendo un cigarro, otra parada. Es el momento de celebrar. Sí, me siento minúsculo pero también grande a la vez por poder vivir estas emociones. Por estar atrapado en el privilegio de mi propio sentir. Existir tiene sus momentos. Y todos son.

Mientras fumo me quedo absorto en algún lugar entre las gotas, intentando escuchar los sonidos que flotan dentro de cada sonido. El bosque escucha conmigo. Imagino que estoy mirando a los ojos de la música y también se hacen protagonistas los silencios, porque en el silencio comprendo. Cualquiera pensaría que estoy loco. La fuente tiene su propia voz. Termino el cigarro y sigo andando.

Distraído en estas cavilaciones salgo del bosque. El camino se acaba y las gotas de Satie se extravían. Siento que regreso de una magia, que vuelvo de secretos que se me escapan; de haber respirado presencias incorpóreas que iban rozando mi monólogo interior.

Ya veo la casa de mi amigo Alberto, es la última de este pueblo que sólo es un par de calles. Me paro una última vez para mirar.

El valle es una alfombra que se arruga en las montañas, y en sus perfiles algunas nubes están posadas como burbujas de loza; otras, rasgadas, dejan ver lagunas de cielo turquesa.

Vuelvo a respirar profundamente. Un aroma de crepúsculo lo envuelve todo en un tierno maquillaje de color melocotón. Las praderas, la tira boscosa del río Bartzán, la piedra de las casas, los tejados. El humo de leña que comienza a salir de los caseríos me hace pensar otra vez en los árboles, que existen desde antes de llamarnos hombres. Pero esta vez tengo un pensamiento oscuro, una sensación turbia. Me viene a la cabeza la cita de Platón *“la música es un arte no sólo destinado a los hombres”* ¿qué será cuando Satie no suene para los árboles? Y vuelvo a cerrar los ojos. Los abro cuando se me pasa este sobresalto que no quiero que empañe el atardecer, ni el paseo, esta armonía, esta sencillez. Una

pequeña polilla, que no sé de dónde ha salido, brilla dorada unos instantes delante de mi cara.

A lo lejos, al otro lado del valle, se recorta la torre ocre de una modesta iglesia barroca. Camino a casa con un placer hipnótico, conmovido. De ciertas soledades regresa uno fortalecido de sosiego. La luz se desmaya. Sonrío para mí. Ovejas de nieve miran desde un prado el paisaje, donde el otoño ha bordado mapas de óxido, confeti amarillo, acuarelas de fuego.

SEGUNDO MOVIMIENTO

FURIAS

Hoy se me ha hecho un poco tarde para salir a pasear. Me he entretenido más de la cuenta releyendo a Truman Capote. Gabi ha encendido la estufa de hierro fundido y, a través del cristal, el fuego prisionero suspira y bufa. Los perros están tumbados en el salón, al calor.

Me asomo a la puerta que da al jardín. Todavía me da tiempo de ir hasta la playa antes de que se haga de noche. Hace frío. Tengo que abrigarme. Conociendo mis movimientos los perros se levantan, se ponen junto a mí, ansiosos mientras me pongo la cazadora y un gorro de lana. Saben que vamos a salir, abren la boca y mueven las orejas de alegría. Aunque el cielo está limpio cojo también un paraguas, por si acaso.

Afuera, sin recoger, están los restos de la poda del lentisco y, al pisarlos, desprenden un aroma potente de resina fresca. Cojo una hoja y me la acerco a la nariz. Cuando llegamos a vivir aquí, los que sabían de campo, nos dijeron que había que podar con la primera luna menguante de enero. La luna, que hoy ha salido antes que la noche, parece la semilla desprendida de una nube.

Los perros salen trotando al camino cuando abro la cancela. No me esperan aunque los llame, siempre van por delante. Olisquean el camino, el aire, las tapias, los setos, orinan. Alguna vez se paran y me miran para comprobar que sigo andando, que estoy ahí.

En el cielo un avión deja tras él una cinta blanca que se esponja y se deshace con rapidez. Los perros se apartan con indiferencia para dejar pasar a dos personas que van en bicicleta. Nos saludamos con la mano, sin palabras. Un gato, al

vernoso, salta con rapidez a un acebuche, trepa por el tronco y se queda mirándonos desde una rama, con esos ojos que son una sorpresa en forma de lupa. No me encuentro a nadie más en todo el camino. Nuestras sombras se van alargando.

Ya se oye el mar. Cuando llegamos noto la vejez en las patas de Balú, que ya tiene catorce años, su cansancio; juntos nos quedamos parados en lo alto del talud que nos separa de la orilla del océano; pero Tolo, el cachorro que aún no tiene cinco meses, baja veloz hasta la playa y se pone a correr en la orilla. La bajamar ha dejado al descubierto la barrera de rocas que forma lagunas grandes como espejos; y hay algas en la arena. El cabo de Trafalgar hunde su morro de piedra entre las olas.

Comienza a soplar el viento y en el horizonte aparece, de pronto, una gran nube oscura que va engordando según viene hacia nosotros. Parece que, para salir, hubiese esperado la llamada de este viento frío que viene del sur.

Desde su vientre un brochazo como de humo cae sobre el mar. La raíz azulada de un rayo desgarra el aire y su trueno hace rebotar el espacio. Mis ojos están tan asombrados como los del gato que nos encontró en el camino. Ya tapa el sol. Viene con rapidez. Decido mirar la tormenta porque aunque nos fuésemos ahora no nos daría tiempo a llegar a casa. La nube está ya tan cerca que puedo ver el visillo de agua cayendo. El viento arrecia y el aguacero nos cae encima; de golpe, con furia, pesado, bravío. Crecen las olas, atacan la barrera de rocas, el océano se ha puesto azul grisáceo, ruge.

Tolo, que no conocía la lluvia, comienza a girar sobre sí mismo y corre enloquecido, con quiebros rebeldes mira hacia arriba como diciendo ¿qué son estos latigazos que me caen encima y se deshacen en mi pelaje blanco? Salta sorprendido, intentando huir o coger aquello mojado y agudo que viene desde lo alto. Me hace gracia su gesto, su ingenuidad. Sin embargo Balú, que hace un par de años se hubiese lanzado a saltar entre las olas, ahora permanece a mi lado, bajo el paraguas, inmóvil, con la mirada quieta en un punto del mar, esa mirada como el que mira sin ver ¿O está atento al sonido de la tempestad que parece que quiere aplastar el mundo y mi paraguas?

Sé que está atardeciendo en un horizonte invisible porque en la nube hay tres grietas que se han puesto rojas, como si fuesen tres símbolos candentes en la grupa de un animal. Me recuerdan a las letras hebreas que aparecen en la nube del cuadro de Rembrandt "El festín de Baltasar". Los perros se inquietan cuando estalla otro trueno. El viento levanta en las olas polvaredas de agua y remolinos de espuma, con un restallar inmenso. El ojo cíclope del faro se enciende. Huele a profundidades revueltas y salobres.

De improviso un pequeño grupo de gaviotas, que parecen haber salido del aire, se lanzan a rasear las olas; su atrevimiento me deja pasmado ¡qué suerte tienen de poder realizar esa proeza, ese desafío!

Sería emocionante ver aparecer, ahora, el buque fantasma. Es el escenario perfecto. Lo invoco como si mis ojos fueran las pantallas de un cine, y la obertura de Wagner del “Holandés errante” comienza a sonar en mi mente (↗): agitación de violines y murmullo de chelos, clamor de trompas y llamada de trompetas, impacto de timbales y el avance amenazador del buque en la tormenta de los instrumentos. Siento la música casi física, volumétrica, arquitectónica.

La luz del día huye con rapidez. El cielo es una manta espesa de grumos negros. Azota el aire embrutecido. Silbo al cachorro, que sigue en la playa; me mira desde abajo, vuelvo a silbarle, sube rápido la pendiente del talud, acaricio a los dos perros mientras ellos se huelen entre sí, mojados. Y comenzamos la vuelta a casa.

El aire nos lanza el aguacero en todas direcciones, nos enreda en un capullo de agua furiosa, desgarra brutalmente el paraguas que llevo abierto por pura inercia. Entre los arbustos, que ya sólo son volúmenes de sombra, chilla un pájaro.

Por unos momentos quedo confuso. El viento crudo quiere degollar a las palmeras y las yucas, que se inclinan pero resisten heroicas; despedaza toldos de plástico y de lona; con un ruido seco y frenético de batalla sacude los cañaverales.

Me integro dentro de esta tensión y, casi sin ver, entre la lluvia y el aire oscurecido, tarareo a voz en grito la obertura de Wagner. Sólo me oyen los perros sin hacerme caso; menos mal que no ha estallado ningún trueno más, porque no podría controlar su espanto. Salto con ellos y me meto en los charcos llenos de hojas y ramas arrancadas. Estoy próximo a la fuerza de una vertiginosa exaltación. También yo tengo demonios internos.

Ahora el buque fantasma navega en mi cabeza, que se ha convertido en una bola de cristal como esas que tienen dentro paisajes. Oigo en la cubierta el canto siniestro de la tripulación condenada, y el lúgubre silencio del holandés errante mientras juega a los dados con el diablo. Impetuosa y vital mi voz atraviesa las cuerdas de la lluvia y las trompetas del aire, intentando, sin conseguirlo, imitar la orquesta.

En la densidad nocturna el buque fosforece diabólico con las velas desplegadas, rojas. Su mascarón se despeña por precipicios de océano y escala fauces siniestras de espuma que brama. Todo el barco cruje estremecido. El holandés está en lo alto del castillo de proa, clavado como una estatua que también mirase sin ver, sin ni siquiera un temblor o un suspiro, desafiando las voces ásperas de la tempestad que acaso sea del infierno y no del mar. Sus ojos son dos lumbres ansiosas buscando las luces que aparecen y desaparecen en la costa. Es como un planeta fuera de su órbita, en busca de un destino que se tragará las olas.

TERCER MOVIMIENTO

VOCES

Casi no puedo creerlo. Ha dejado de llover, después de una semana que no ha parado ni de día ni de noche. Todo el tiempo encerrados en casa mientras oímos el incesante tamboril de la lluvia en los tejados, llamando, queriendo entrar.

Ya estábamos mustios. Me levanto contento cuando esta mañana, al despertarme, no oigo sus dedos en el tejado. No sé cuándo habrá dejado de llover mientras dormía. Hasta la rutina diaria la hago con más alegría. Miro por la ventana de la cocina para cerciorarme de que no chorrean las cornisas y pongo agua al fuego.

Mientras el té reposa entro al cuarto de baño; hago necesidades íntimas, y me ducho con el jabón que compramos en Jordania, la pastilla se deshace en mi mano con una suavidad especial, de recuerdo del Mar Muerto y aroma de laurel. Rutinas. Aún en pijama y zapatillas de paño desayuno con calma y pienso que tengo que ponerme las botas de agua para ir a comprar el pan. El camino será más un río que un camino.

Salgo de casa. No me llevo a la perra porque se va a poner perdida de barro. Afuera hay una luz como de lámpara de alabastro, resplandeciente aunque el cielo tenga ese gris suave que llaman gris perla. El aire es templado y húmedo. En las cuerdas de tender la ropa se han quedado prendidas algunas gotas de agua, que brillan colgando del nailon.

Y, en efecto, el camino es un río, con su corriente y todo, llega hasta las tapias y los setos; así que ando por en medio del agua con pasos cuidadosos, para que no rebase mis botas al removerla.

A pocos metros de mí una chispa se lanza desde un álamo hasta un cinamomo en la orilla opuesta del camino. Es una abubilla, ave sagrada en el antiguo Egipto, que ya aparece en el cetro de Horus. Por un momento, tan corto como preciso, parece un trapecista que en su salto despliega un abanico tricolor en su cabeza. Después me mira con sus pequeños ojos oscuros de charol, una mirada tan penetrante que parece venir de otro mundo. La veo perderse entre las flores azules de este cinamomo que vive salvaje fuera de los jardines ¡tan a gusto! Y vuelvo a verla volar hacia los invernaderos. Son unos segundos preciosos.

Al caminar, mis pezuñas de goma verde rompen los reflejos del cielo y los árboles, sumergidos de bruces en el agua, y se funden en un paisaje de colores que se mueven. Normalmente no se puede mirar al sol sin sentir escozor, pero hoy, por detrás del cielo gris, luce opaco como una gota de cera en un mantel de seda; y me paro a mirarlo un par de rápidas veces y continúo hasta llegar a la tienda de ultramarinos. Aquí hablo un rato con la tendera, de la lluvia, de que hacía falta el agua... pero ¡qué tanta, tanta, ya aburre!... que las macetas están empapadas y se van a pudrir y la tierra ya no puede absorber más... pero que no podemos hacer nada, que nos tenemos que aguantar... que no se puede salir por los caminos... Bueno, todo lo que empieza acaba... me dice la tendera; y se me viene a la mente el pensamiento que sí, que todo menos el orgullo patético de la prepotencia humana; pero no se lo digo.

Vuelvo al río con mi pan dentro de una bolsa de plástico. Me van reteniendo para llegar a casa los dibujos que se forman entre el sol y la sombra. Cuando paso los invernaderos me detengo a mirar el prado que se extiende hasta enfrente de mi casa. Es un prado grande. Ahora está tan encharcado que es una laguna de cristal verde, en donde flotan archipiélagos de flores blancas, malvas y amarillas.

¿Y qué son esos rombos blancos que se mueven en la superficie? Aguzo la mirada. Son garcillas bueyeras buscando comida y su movimiento me recuerda al de la aguja de una máquina de coser. Súbitamente, dos que están muy juntas se elevan y, con las alas extendidas en toda su blancura, patinan en el aire, con delicadeza, las dos en paralelo recorren una elipse perfecta y regresan al sitio exacto donde estaban. Casi me dan ganas de aplaudir. No lo hago. Mi entusiasmo no debe alterarlas. Por respeto.

En el prado siempre suele haber un par de caballos, algún mulo y dos burritos. Están acostumbrados a que, aunque haya hierba en el prado, arranquemos

unos puñados de la orilla del camino y se los demos. Hoy, que se puede mirar al sol, sólo hay un caballo gris. Al verme desde lejos se acerca y saca su busto por encima de la valla de alambre de espino, pero no le puedo dar hierbas porque están sepultadas por el agua; toco su cuello y noto la poderosa energía contenida en la dureza de sus músculos.

Y entonces me doy cuenta de que una cordillera de nubes muy oscuras, casi basálticas, ascienden por detrás de la hilera de casas y los altos eucaliptos que cierran el prado. Dejo al caballo y me apresuro a volver a casa, porque presiento que, en breve, va a caer una lluvia tremenda. Sólo una vez me doy la vuelta para ver otra vez al caballo, que mueve la cola, abre los belfos y sus enormes ojos sin malicia miran como me alejo.

En mi prisa tropiezo y el agua, al final, entra en mis botas; noto como los calcetines de lana la absorben y envuelven mis pies con un frío lametazo. Así que, cuando llego a casa, me cambio y vuelvo a ponerme las zapatillas para estar cómodo. Luego, aunque tengo leña seca dentro de casa cojo el cesto, voy a la leñera y lo cargo; está húmeda pero ya se irá secando al calor de la estufa. Estoy solo, bueno, con Luna, la perra, que está tumbada en su colchoneta. Gabi está en Berlín. Dejo el cesto al lado de la estufa y me preparo otro té. Pensaba que el nubarrón que subía al otro lado del prado iba a oscurecer todo el cielo, pero no, se ha diluido en él y sigue siendo gris perla; el sol sí ha dejado de ser una gota para convertirse en una mancha.

Voy al cajón de la música y busco un CD que sea de música serena; me decido por uno de Tomás Luis de Victoria. Lo pongo; (♪) y con la taza de té me voy a la ventana grande del salón, que da al jardín. Comienza a chispear. Las primeras gotas hacen llorar a las ventanas. Y el cielo se deshace en una lluvia fina.

Sin saber por qué pienso en mi alma y me oscurezco un poco por dentro. Mi alma torpe y algo cansada de sombras, que ahora agradece las voces del Ave María que comienza a sonar. *"Ave María, gratia plena, Dominus tecum."* Doy un sorbo de té, la taza calienta mis manos. Sólo esto quiero en esta hora de la mañana joven. Bebo otro trago, fumo, miro por la ventana, entra una luz de felpa gris, el vaho de mi respiración empaña los cristales, dibuja latidos silenciosos que se disipan como se disipan los sueños. *"... Benedicta tu in mulieribus..."* voces que son como la caricia de una madre en el fragor de la fiebre; dirigidas a todo lo que está en el interior y no vemos. La lluvia sigue cayendo como si lloviera seda y va poniendo brillos de laca en todo lo que toca, mansamente.

Doy otro sorbo de té. Llueve. Escucho. “...et *benedictus fructus ventris...*”. Voces para los caminos secretos del alma. Afuera el cielo se deshace en hilos. Voces para mi alma candente, en continua batalla, herida tanto, tanto por mí mismo, que olvidó tantas veces la mirada de los otros. “*Sancta María, mater Dei,...*” y que también tantas veces olvidó andar erguida.

“*Sancta María, mater Dei,...*” No hace falta ser creyente para conmoverse con las bellezas que el arte ha creado para los dioses. Otro sorbo de té. A veces se necesita una música para desatascar sentimientos. Voces descalzas que brillen tras los párpados cerrados.

Con la mirada ausente y la barbilla un poco temblorosa veo el jardín. “...ora pro nobis peccatoribus,...” En el porche la elegancia art-decó del papiro del Nilo, que se cimbrea en el aire. Después la higuera con sus hojas recién nacidas. Detrás los ciruelos en flor. “..., nunc et in hora mortis nostrae. Amén.” La maestría de Tomás Luis de Victoria. La frescura sencilla y luminosa de esta plegaria que acaba casi en un susurro.

Y al fondo del jardín, bajo el arpa transparente de la lluvia, un jilguero se ha posado en las ramas del limonero. Hermoso y frágil. El temblor de un instante.

9 de diciembre 2025